

¿PROBLEMAS AMBIENTALES O PROBLEMAS ANTROPOLÓGICOS?

M^a DEL ROSARIO A. ENCINAS GUZMÁN
Universidad de Extremadura

RESUMEN

Existe un binomio hombre-ambiente, singular en la naturaleza, que ha marcado las pautas de evolución de los diferentes pueblos del planeta, de su cultura y de su civilización. La propia evolución de nuestra especie no se entiende sin los cambios ambientales ocurridos en la historia reciente del planeta, que han modulado las respuestas genéticas que marcan el camino *Homo sapiens*.

Sin embargo hoy, nos negamos a aceptar la existencia de estos cambios ambientales naturales, que de entrada consideramos negativos y, sobre todo, fruto del desarrollo tecnológico de la sociedad humana. Como reacción sacralizamos la naturaleza y juzgamos que el hombre es un mal para la Madre Tierra. Olvidamos así que es la propia humanidad quién sufre las consecuencias de los cambios ambientales, y de las políticas para el frenado de los mismos, que los convierten en verdaderos problemas antropológicos: mientras el “sur” muere de miseria, de guerras, de hambre y de enfermedades hoy curables, el “norte” muere de abandono, de soledad y de tristeza; todos de miedo, y lo peor: de despersonalización.

Verdaderamente, los problemas ambientales son, ante todo, una cuestión antropológica cuya solución pasa, solamente, por redescubrir la verdad del hombre.

Palabras clave: extinción, crisis ambiental, desarrollo sostenible, madre-tierra, conciencia planetaria, igualitarismo, complejidad-fragilidad, *Homo sapiens*, ecoética.

SUMMARY

There exist a man - environment binomial, singular in nature, which has set the guidelines of evolution of the different peoples in the planet, their culture and their civilization. Furthermore, the evolution itself of our species is not understood without considering the environmental changes happened in the recent history of the planet, which have modulated the genetic answers that mark the *Homo sapiens* way.

However today, we deny the existence of these environmental changes, considering them negative and, essentially, as a product of the technological development of human society. As a response, we sacralise nature and believe that man is bad for Mother Earth. So, we forget that humanity herself is who suffers the consequences of the environmental changes, and of the policies directed to slow down the same ones, turning them into real anthropologic problems: while the “south” dies of misery, wars, hunger and today curable diseases, the “north” dies of desolation, loneliness and sadness; all of them of fear and, the worse thing: of depersonalization.

Indeed, the environmental problems are, above all, an anthropologic question which solution depends, first of all, on re-discovering the truth about Man.

Key Words: extinction, environmental crisis, sustainable development, Mother Earth, planetary conscience; egalitarianism; complexity-fragility; *Homo sapiens*; eco-ethics

I. CUESTIONES PREVIAS

Mucho antes de que naciera la ecología como ciencia del ambiente la antropología estudiaba ya las relaciones entre los seres humanos y el medio físico en el que se desarrollaban, y se desarrollan, las relaciones sociales y culturales derivadas de esas relaciones. Y la evolución humana no se puede explicar si la despojamos de los cambios ambientales paralelos, principalmente de tipo climático, dado que el clima regula otros muchos parámetros biogeofísicos. De hecho, la antropología cuenta con los principios metodológicos y empíricos necesarios para abordar la cuestión ambiental, fruto de su trayectoria a lo largo de los dos últimos siglos. No sólo define el concepto de hombre en todas sus dimensiones (biológica, socio-cultural y espiritual) sino que es capaz de enfocar las cuestiones de tipo ético que subyacen en el fondo de todos los problemas ambientales. Problemas que suelen intentar resolverse desde la política, la sociología y la economía pero que, que sin lugar a dudas, son, sobre todo, una cuestión antropológica ya que afectan al hombre en su totalidad.

Los actuales problemas ambientales emanados del desarrollo científico, tecnológico, social y cultural, de lo que solemos llamar mundo civilizado, se contemplan como una “crisis planetaria sin precedentes”, que ha generado un

nuevo “miedo” de carácter apocalíptico. Y las soluciones que se están dando para la misma son una serie de medidas drásticas que afectan fundamentalmente al hombre, a su esencia, y en particular a ciertos pueblos: “Enfocada como ‘problema global’ ha de solucionarse también de forma global”. Así la ONU, desde los años 50 del pasado siglo, a través de determinados organismos y disposiciones, cumbres internacionales, etcétera, ha implantado diversos objetivos con el fin de encarar y resolver esta supuesta “crisis”, que resumidos son:

- revitalizar el crecimiento, cambiar la calidad del mismo, satisfacer las necesidades esenciales de trabajo, alimentos, energía, agua, higiene...
- asegurar un nivel de población sostenible, conservar y acrecentar la base de recursos, reorientar la tecnología y controlar los riesgos
- tener en cuenta el medio-ambiente, la economía de adopción de decisiones, implantar la *Carta de la Tierra*, asegurar la educación ambiental

Y una serie de estrategias, encaminadas a conseguir un nivel de desarrollo sostenible y el cuidado de la Tierra, que generen los oportunos y necesarios cambios actitudinales y culturales al respecto. Cambios que se conseguirán a través de mensajes divulgados por los diferentes medios de comunicación social, mediante la promulgación de ciertas leyes más o menos vinculantes para los gobiernos nacionales, y por la reforma de los sistemas educativos.

Una de estas estrategias es “cuidar, e incluso reverenciar, a nuestro planeta”, y a la naturaleza en general, por lo que la Asamblea General de las Naciones Unidas proclamó, en 2009, el 22 de abril como Día Internacional de la Madre Tierra. Medida que, a propuesta del presidente de Bolivia, Evo Morales, obedece más a una idealización romántica de lo que es nuestro planeta que a su verdadera realidad, mezclada con cierta dosis de neopaganismo. Fruto de este neorromanticismo es la idea que subyace: sobre como el hombre primitivo se ha relacionado desde la más remota antigüedad con la Tierra (en realidad con “su” tierra, con “su” universo particular), a la que llegó a adorar y deificar (la Pachamama). Un tipo de idealización que parte de una cosmogonía, no científica, por la que la Madre-Tierra incorpora a sus antepasados o a sus vivencias anímicas, con la que cada persona es un todo. Una especie de “conocimiento” totémico por el que se realizan determinadas prácticas y ritos, entre mágicos y religiosos, y por el que determinados animales o territorios son sagrados. Y se acepta sin discusión que ese conocimiento sesgado de la naturaleza, sujeto al mito y no al logos, lleno de tabúes, ha permitido una existencia “pacífica” con el entorno. Hoy, desde esta idealización (falsa), han nacido nuevos mitos y nuevos tabúes que denuncian “supuestamente” la indiferencia del hombre moderno hacia la naturaleza, a la que, se dice, ve como despensa inagotable desde la que satisfacer sus ansias de consumo, y se propone una nueva reverencia hacia la misma.

Premisas por las que, desde hace décadas, se trata de imponer una nueva forma de ver al hombre: que lleve a la salvaguarda del cosmos y al igualitarismo entre todos los seres naturales sin excepción. Este igualitarismo cosmológico implica una reducción de *Homo sapiens* no sólo a nivel de población sino sobre todo desde el punto de vista óptico: la despersonalización del ser humano. Y lleva asociado la repetición hasta la saciedad de mensajes malthusianos que ponen el acento sobre las (falsas) limitaciones del planeta, no de cara a promover la limitación del consumo sino la del propio hombre como ser vivo, y la necesidad de controlar su reproducción en cantidad y en calidad. Mensajes que, obviamente, calan parcialmente porque, más que respeto y cariño hacia la Tierra, fomentan un egoísmo atroz, una lucha del tipo “sálvese el que pueda”, la existencia reducida a “carpe diem”... y una eliminación de la capacidad de pensar. El hombre reducido a sus instintos es terriblemente egoísta.

Hoy, como en los albores de la humanidad, se ha impuesto un falso mito: la Tierra es un “organismo vivo”, nuestra madre, que, además, se autorregula (*Hipótesis de Gaia*, Lovelock, 1993). Hemos pasado de la euforia del siglo XIX: la naturaleza como algo externo a nosotros y a nuestro servicio, bajo nuestro dominio mediante la ciencia y la tecnología, a resucitar el viejo mito panteísta remozado con cierto aire de cientifismo: un “organismo” que funciona sin nosotros (así ha ocurrido, se razona, durante 4.650 millones de años), autónomo, del que nosotros somos, por tanto, un apéndice (prescindible). Se hace creer que la Tierra ha sido siempre un paraíso, la buena madre que cuida de todas sus criaturas, y que, desde la aparición del hombre, ese supuesto equilibrio se está rompiendo y se corre el peligro de que el planeta con todos sus seres (orgánicos e inorgánicos) muera. El hombre así queda reducido al mismo tiempo tanto al perfecto egoísta, desconsiderado e intolerante ser, ¡un cáncer!, que pone en peligro al resto de las criaturas, como a un ente más de los muchos que hay en el universo, sin mayor dignidad que una piedra. Y se justifica de paso el control de su crecimiento y desarrollo como medida de “cura”. Como es obvio, en este razonamiento fallan al mismo tiempo la verdad de la antropología y de la ciencia. ¿Cómo pretender por este camino la ansiada “armonía planetaria” si supone lucha y muerte?

También se habla mucho de defensa y conservación del “medio” (el universo y sus subsistemas), un concepto que oscila, según el grado de conocimientos científicos, desde “un nivel sincrético” de concepciones egocéntricas, en el que se define como el escenario o lugar donde nos desenvolvemos (la naturaleza a mi alrededor), o incluso un todo indiferenciado de elementos diversos, hasta un “nivel sistémico” de concepción holística caracterizado por interacciones complejas que forman una malla tetradimensional en evolución (en la que nosotros seríamos un elemento más), pasando por una serie de estadios intermedios de

concepciones antropocéntricas a sociocéntricas definidas por un conjunto de relaciones causales lineales (como las famosas cadenas tróficas). Pero ¡ajo!, aun bajo viso de científicidad, ninguno de estos modelos responde a la realidad, ni siquiera en el nivel sistémico, donde la Relatividad General de Einstein se interpreta como relativismo. Son ideologías que excluyen al hombre como ser libre con entendimiento y voluntad, capaz de amar, que inciden sólo en su animalidad. Son los nuevos “paradigmas” que provocan que se acepte acriticamente la bondad o maldad de ciertas acciones y que apuntan a la necesidad de una especie de “paternalismo” supraestatal encargado de defender a la naturaleza del propio hombre. Nace un nuevo “objetivo global”: que *Homo sapiens*, la humanidad en general, alcance una concepción holística, evolutiva (en sentido darwinista) y relativista de sí mismo como producto sólo de los cambios que sufre el universo, en igualdad con todos los entes que lo conforman. La adecuada divulgación de esta idea, propagada por los medios de comunicación social e insertada en el sistema educativo, será el caldo de cultivo en el que nacerá un “hombre nuevo”, se supone que más solidario con el planeta y capaz de aceptar incluso el sufrimiento y el sacrificio de sí por el bien común de la Madre-Tierra (incluso de los minerales).

II. COMPLEJIDAD “VERSUS” FRAGILIDAD

“El medio (ambiente)” es un sistema complejo de interacción de la materia-energía en el espacio-tiempo, en continua reorganización a medida que aumenta la información, es decir, en evolución. Esto hace que se caracterice por una riqueza y variabilidad importante, tanto en lo infinitamente grande como en lo infinitamente pequeño. Desde el Big Bang (el principio de la existencia del Universo según el modelo más aceptado), hace cerca de 14.000 millones de años, el grado de complejidad de la materia ha ido aumentando, pero también la fragilidad de los nuevos sistemas dado que el aumento de entropía (la degeneración de la calidad de la energía) es algo inevitable y la más universal de todas las leyes conocidas. Hablar de la historia del universo es hablar de la formación de quarks, electrones, protones, neutrones, nucleones, átomos, moléculas... y de galaxias, estrellas, planetas, asteroides... a través de procesos más o menos rápidos, siempre los mismos, responsables de la riqueza de estructuras que observamos. A partir de los datos disponibles, sabemos que hace 3.800 millones de años aparecieron subsistemas vivos en el planeta Tierra, sin que sepamos ni cómo ni por qué. Estos primeros organismos tuvieron un nivel de complejidad muy sencillo, bacteriano. Las simbiosis, la cooperación entre bacterias, dieron en el tiempo lugar a los eucariotas (organismos formados por verdaderas células con núcleo): primero a los protistas (unicelulares y coloniales), y posteriormente, a

partir de éstos, a los organismos multicelulares (hongos, animales y plantas). Sin embargo no todos los organismos han experimentado aumento de la complejidad en el tiempo; por el contrario, la mayoría ha permanecido sin variación desde su aparición, como las bacterias, los seláceos o los helechos; y otros lo han hecho de forma no lógica conforme a lo que se ha creído hasta ahora como escala de complejidad: Por ejemplo, el aumento de la complejidad animal surgió explosivamente hace 543 millones de años, y el aumento de la complejidad vegetal se inició tan solo hace 150 millones de años, es muy posterior; de la misma manera que las aves aparecieron 100 millones de años después que los primeros mamíferos. También es un hecho comprobado que las bacterias son los verdaderos representantes de la vida en la Tierra, en el Cosmos, desde su aparición hasta el presente, en exclusividad durante las cuatro quintas partes primeras de la historia del planeta. Por otro lado, las numerosas extinciones masivas acaecidas por causas naturales, como demuestra el registro fósil, nos hablan de antiguas biosferas totalmente desaparecidas, y prueban la fragilidad de la complejidad. Cada periodo de la Tierra, cada eón, nos habla de una biosfera propia y limitada en el tiempo. El hombre es tan reciente en la Tierra que reducida su historia a un año de nuestro calendario éste habría aparecido durante la cena de Nochevieja. Un observador de hoy que pudiera viajar hacia atrás en el tiempo no encontraría ningún indicio que hiciera pensar que en un momento dado aparecería una especie inteligente y libre. Lo que concuerda con lo aportado por el desciframiento del genoma humano: no hay ninguna especificidad genética que explique nuestra singularidad.

La historia de la humanidad (de *Homo sapiens*) no es larga (150.000 años), y sólo desde hace aproximadamente medio siglo vivimos alarmados y preocupados por el grado de extensión y de incidencia sobre el planeta de las actividades humanas, como si la fragilidad de la biosfera terrestre y del propio planeta sólo dependiera de nosotros. Y hablamos de un impacto ambiental de origen exclusivamente antrópico, que juzgamos muy negativo: “El hombre se ha vuelto un peligro para el planeta”, “la Tierra ha perdido su delicado equilibrio y corre el riesgo de convertirse en un mundo hostil a consecuencia de nuestro maltrato”. Y, como ya he señalado, se añora a las primitivas civilizaciones, incluso a un planeta desprovisto de hombres, sin recordar que el aumento de fragilidad que apareja el aumento de complejidad en el Universo es consecuencia de la inexorable entropía que lo define. Que todo, ¡todo!, está sin excepción sometido a la entropía, y que por ello llegará un momento en que no habrá más aumento de la complejidad en el universo (posiblemente ya se ha alcanzado ese máximo de complejidad: nuestra especie), en el que reinará sólo la degradación de la materia-energía durante millones y millones de años hasta el ineludible momen-

to de la muerte térmica. El universo tuvo un principio y tendrá un final conforme a los datos conocidos.

Vivimos idealizando un planeta que definimos como “azul”, parodiando las palabras de los primeros astronautas que lo vieron desde el espacio. Y, efectivamente, azules son las imágenes que de nuestra querida Tierra nos envían los artefactos que tenemos en órbita a su alrededor, una imagen que se ha metido por nuestras pupilas tantas veces que se ha enraizado ya en nuestro cerebro creando una preconcepción difícil de erradicar. Pero no siempre fue azul nuestro mundo. Por el contrario, más de las cuatro quintas partes de su historia presentó un color anaranjado, con aguas achocolatadas, mucho más parecido a la imagen que de Venus o de Marte nos han dado también las misiones espaciales. Hablamos de nuestros bosques y selvas como si siempre hubieran estado ahí, y solamente han cubierto los bordes continentales de forma muy discontinua, con alguna rara excepción, durante los últimos 300 millones de años. Creemos que el efecto invernadero es consecuencia de la actividad industrial humana y, gracias a un efecto invernadero mucho mayor que el presente, natural, fue posible la aparición y evolución de la vida en la Tierra primitiva, porque a la vida le gusta el calorito. No concebimos la Tierra sin la capa de ozono, y sin embargo también es de aparición reciente porque al principio no existía el necesario oxígeno libre para su formación. Es más, gracias a la inicial anoxia terrestre pudo aparecer y evolucionar la vida sin peligro de quemarse, gracias a la llegada masiva de rayos ultravioletas hasta la superficie terrestre se pudieron producir las reacciones que condujeron al inicio de la vida. Hablamos de “crisis ambiental sin precedentes” cuando la historia del planeta ha estado jalonada de grandes crisis ambientales que han llevado aparejadas tremendas extinciones masivas. Algunas tan impresionantes como la Permo-Triásica, hace 250 millones de años, en la que se extinguieron más del 95% de las especies existentes entonces; o la K/T (cretácico-terciaria) de hace 65 millones de años, en la que sucumbieron más del 75% de las especies vivas; o el llamado “Holocausto del Oxígeno”, debido a la aparición de las bacterias fotosintéticas capaces de excretar oxígeno libre quemando todo rastro de vida a su alrededor. Extinciones, por cierto, sin las que no podríamos contar esta historia porque gracias a ellas la vida se ha diversificado y evolucionado, han aparecido biosferas nuevas, y estamos aquí. Pero de esto no se habla nunca.

Estas grandes crisis ambientales del pasado son consecuencia del dinamismo propio del Universo. Y pueden obedecer a un único agente con gran efecto devastador, por ejemplo la caída de un gran meteorito, o a múltiples causas naturales susceptibles de potenciarse entre sí con un inimaginable efecto destructor. El grado de extinción que provocan es totalmente impredecible “a priori”, pero el “estado de salud” del planeta juega un papel muy importante. Y la recuperación

es lenta frente a la catástrofe, del orden de 3 a 10 millones de años, siendo los ecosistemas tropicales los más afectados, a veces de forma irreversible. Pero, hasta ahora, siempre el planeta se ha recuperado, y han aparecido nuevos ecosistemas y nuevas especies aumentando la biodiversidad y regenerando la biosfera. Si cada catástrofe parece haber actuado como acelerador de la evolución y de la riqueza de vida que caracteriza a la Tierra: ¿Cómo explicar la preocupación de hoy, en términos planetarios, ante una “posible” crisis ambiental?

Cada crisis ambiental del pasado que ha cursado con una extinción masiva ha puesto de manifiesto el binomio fragilidad “versus” complejidad. La complejidad recién alcanzada era testada y puesta a prueba con cada agente desencadenante de esas crisis, demostraba la fragilidad de los nuevos sistemas y, al mismo tiempo, la estabilidad de viejos patrones morfológicos. Entonces sólo cabe una preocupación a nivel humano para justificar el miedo y la amenaza que sufrimos: ¿estamos condenados a desaparecer en una nueva crisis ambiental?, ¿somos los organismos más frágiles?, ¿es la desaparición de nuestro mundo de hoy lo que en realidad tememos (no olvidemos que *Homo sapiens* apareció en la cálida África y sobrevivió en el gélido ambiente glacial de Eurasia)? El hombre es un organismo generalista, adaptado a todos los ambientes del planeta, capaz de vivir, gracias a su técnica, hasta bajo el agua y en el espacio exterior, y de adaptar a sí cualquier tipo de entorno. Y está demostrado, sólo hay que leer la historia de la Tierra, que durante los momentos de grandes crisis las pautas de evolución se invierten, tendiendo a sobrevivir los organismos más generalistas frente a los especialistas y mejor adaptados en ese momento crucial.

III. CRISIS AMBIENTALES E HISTORIA DE LA TIERRA

Nuestro planeta, recientemente nombrado por la ONU “madre-tierra”, es la “gema azul” del universo porque hay vida, y vida en abundancia, no como se nos dice: “hay vida porque es azul, y si perdemos el azul se perderá la vida”. El matiz es muy interesante y a tener en cuenta. No nos ha hecho la Tierra, ¡nosotros, la vida, hemos hecho a la Tierra tal como la vemos hoy!, ¡la vida es el artífice del cambio de color del planeta: del anaranjado inicial al intenso azul que se observa desde el espacio exterior! Y desde esta perspectiva, el hombre, como forma viva, también ha de modificar el planeta, consciente o inconscientemente, esperemos que para bien. El origen de la vida sigue siendo un misterio para la ciencia dado que la composición original del planeta fue común a la de Marte y Venus, a la de mundos estériles. Al ir desentrañando los misterios del mundo, hemos ido sabiendo que si la “madre-tierra” tiene vida se debe al lugar que ocupa en el juego de fuerzas, materia-energía y espacio-tiempo que es el universo,

porque tanto en el cosmos como en la galaxia o en el sistema solar existe un pequeño espacio-tiempo fértil en el que, ¿casualidad?, se encuentra nuestro planeta. Es decir, en la Tierra hay vida porque está, y ha estado, en el lugar y en el tiempo adecuado para la existencia de vida, y la vida la ha transformado en la gema azul que vemos hoy. No hay interconexiones panteístas loveclockianas en el cosmos, hay leyes del universo en las que están inscritas las leyes de la vida. Por eso, tras cada extinción masiva, tras cada crisis ambiental, la vida vuelve a expandirse en el planeta; por eso los otros mundos no mutan, son planetas agonizantes desde el principio, no hay complejidad que altere el imperio de la entropía: degradación y muerte. Sólo las “revoluciones de la Tierra”, como las llamó Cuvier, son capaces de aportar la energía necesaria para que la vida pueda vencer a la entropía rejuveneciendo y aumentando el nivel de complejidad.

Cuando hablamos de “crisis ambiental” hoy día, tendemos a pensar en algo terrible, apocalíptico; y que las únicas crisis que va a sufrir o ha sufrido el planeta son las que le podamos estar provocando nosotros: “el hombre es el cáncer de la Tierra”. Tal es la influencia de los modernos educadores de la sociedad y transmisores del conocimiento, de los medios de comunicación, tal es el estado de miedo creado. Hacemos cuentas y no paramos: en los últimos 100.000 años apareció la caza, el comercio, la tala de árboles, el uso indiscriminado del fuego, la joyería y la ornamentación, la agricultura-ganadería, el sedentarismo y las grandes ciudades-imperios, el pastoreo, la guerra, la esclavitud, la minería y la siderurgia, la industrialización, la tecnologización, la urbanización social, la quema de combustibles fósiles y nucleares... y a consecuencia de ello el planeta se ha ido empobreciendo, contaminando, alterando, agonizando... Pero si echamos la vista mucho más atrás, antes de que apareciera el *Homo sapiens*, nos encontraremos, muchas veces, con un planeta pobre, contaminado, alterado drásticamente... agónico en múltiples ocasiones desde el principio de su existencia. Evolución es cambio en el espacio-tiempo, historia; y la Tierra tiene una historia llena de avatares que muchas veces la han puesto al límite de su existencia sin necesidad de intervención humana. Es una historia poco conocida por la mayor parte de la gente (ni siquiera por los que gobiernan el mundo), casi sólo por los verdaderos especialistas. Y no es una historia de cambio gradual en el tiempo sino un drama lleno de extinciones masivas. Una historia que de haber sido de otra manera no podríamos narrarla porque no estaríamos aquí.

Ya el propio origen del Universo fue violento: el Big Bang. Y nuestro Sol, nuestro planeta, el resto de los cuerpos planetarios de nuestro Sistema Solar, devienen del material procedente de la explosión de una supernova que fue reciclado a través de colisiones. La recién formada Tierra acumuló inmediatamente tal cantidad de calor que llegó a fundir, siendo posible así una destilación gravitatoria fraccionada que la estratificó y sin la cual no hubieran existido el campo

magnético terrestre o la tectónica de placas. Igual de catastrófico (al menos así se entiende en el argot popular) resultó el impacto producido entonces por un cuerpo del tamaño del planeta Marte, que arrastró tras de sí una parte importante del recién estrenado manto terrestre hasta situarlo en órbita alrededor de la Tierra en forma de cuerpo único, la Luna, tan necesaria para la estabilización-evolución de la vida. La vida, si prescindimos de las hipótesis neopanspéricas que la hacen proceder del espacio extraterrestre sin resolver el problema de su origen, parece que surgió en los ambientes más tóxicos que podemos imaginar: carencia de oxígeno, temperaturas o presiones inconcebiblemente altas, ausencia de capa de ozono, alto efecto invernadero, atmósfera rica en dióxido de carbono... y desde el principio tuvo que soportar importantes erupciones volcánicas, bombardeo de rayos ultravioletas, impactos meteoríticos, violentas mareas, terremotos, maremotos... en un imparable camino hacia la complejidad.

Y en este escenario de catástrofes, la vida también ha jugado su papel como agente de “revoluciones terrestres” en varias ocasiones, que no vamos a describir en detalle sino sólo en algunos de los aspectos más llamativos. Por ejemplo, la anóxica vida precámbrica vio fuertemente alterada su existencia por un dramático episodio de origen biológico: la oxigenación del planeta debida a los primeros organismos capaces de realizar la fotosíntesis; que, con toda seguridad, ha llevado aparejada una de las extinciones masivas más radicales de la historia de la Tierra, el “*Holocausto del Oxígeno*”, por el que se quemaron la mayor parte de las especies que entonces vivían. Con idéntico origen debemos hacer mención a otra importante crisis ambiental: la *Glaciación Eocámbrica*, ocurrida hace 650 millones de años: Los primeros organismos con esqueleto calcáreo (esqueleto que formaban a partir del dióxido de carbono hidro-atmosférico) provocaron un efecto “anti-invernadero” tal que la temperatura global cayó en picado dando lugar a la época más fría del planeta bien registrada, ¡donde los hielos hicieron presencia hasta en las latitudes tropicales y a nivel del mar!, conocida también como “Tierra Blanca” por entender que el planeta prácticamente se heló en su totalidad y tomó el aspecto de una gigantesca bola de nieve.

En los últimos 600 millones de años se contabilizan cinco “grandes” (grandísimas) extinciones masivas de organismos (diez y más para otros autores) debidas a causas diversas, pero todas con el común denominador de afectar a más del 50% de las especies vivas existentes en ese momento; y tanto a especies marinas como continentales; de hacer desaparecer para siempre grupos completos de organismos, como los trilobites, graptolites, dinosaurios, ammonites, rudistas y muchos más; de reducir enormemente el plancton; y de dejar heridos de muerte a los arrecifes de coral. Y el hombre aún no había aparecido, está fuera de estos escenarios. Y la Tierra, como planeta dinámico y muy vivo, ha pasado por épocas en las que el clima era radicalmente distinto al de hoy: con temperaturas

superiores a la media actual en más de 15°C, muy húmedo, en el que las selvas se extendían de polo a polo (como a finales del Paleoceno); o por el contrario, extremadamente áridas (Triásico); o terriblemente frías (los periodos glaciales de cualquier glaciación). Las catástrofes naturales están tan ligadas a la vida de la Tierra que los nuevos acontecimientos incidían en nuevas respuestas.

En la actualidad nos encontramos bajo los efectos de la *Glaciación Neógena*, que comenzó hace unos 25 millones de años; y, dentro de ella, en un periodo interglacial, el Holoceno, que comenzó hace 10.000 años tras es el último periodo glacial, el Würn. El próximo periodo glacial está previsto para dentro de unos 3.000 años. El Holoceno se caracteriza por la “benignidad” dentro de una varianza de temperaturas que permiten siempre la presencia de alguna zona helada en el planeta, característica propia de una glaciación. Como en el “*Óptimo Calido Medieval*” con temperaturas más altas que las actuales, o la “*Pequeña Edad del Hielo*” entre los siglos XV a XVIII, de la que empezamos a salir al principio de la revolución industrial. Coincide así la recuperación de las temperaturas globales del planeta con el comienzo de la contaminación, pero también con el incremento de la actividad solar (las manchas solares desaparecieron durante la *Pequeña Edad del Hielo*). En verdad no se sabe con certeza si este reciente aumento de temperaturas registrado desde el s.XIX se debe a causas naturales o a la actividad humana (limitada inicialmente a la Inglaterra victoriana con el empleo industrial del carbón), lo que mantiene a la comunidad científica dividida. La “certeza”, para cierto sector de la opinión pública, de un origen antrópico como motor de estos cambios, es lo que ha llevado a hablar de “calentamiento global” (curiosamente, durante la década de los 70 del siglo XX se temía la llegada de una glaciación), presentado como “el más grave problema ambiental”, como una “crisis” sin precedentes que nos conduce a la extinción. Y también de “cambio climático”, como si fuese algo extraordinario que el clima cambie, de hecho lo hace continuamente: del día a la noche, del invierno al verano, de una época a otra. La realidad es que no conocemos el funcionamiento del clima: la atmósfera es un fluido complejo y muy dinámico dependiente de múltiples factores (ni siquiera sospechamos algunos). Ni tampoco cuál es el clima “normal” de la Tierra. Es más, si echamos la vista atrás, a la pasada historia del planeta, dentro de los continuos cambios climáticos acaecidos, lo abundante es el clima cálido (los geólogos llamamos “crisis climáticas” a las glaciaciones). El estado de nuestro sol y la situación astronómica, ligados a las condiciones biogeofísicas del momento, son los que han mandado en el clima terrestre. Pero lo curioso del “cambio climático” con el que se no atemoriza, es que se supone, sobre todo, debido a la “superpoblación humana”, al hecho de respirar, ¡cómo si los demás organismos no respirasen!

También se habla mucho hoy día de “pérdidas de biodiversidad”, aceptándose implícitamente por los no versados en el pasado planetario que la Tierra ha mantenido todo su potencial biológico desde que apareció la vida hasta que el hombre empezó a cazar. La realidad es que en la actualidad sólo existe el 0.01% de toda la vida habida, una pequeñísima representación, y su desaparición se ha debido a causas totalmente naturales como se ha indicado más arriba, a las grandes extinciones producidas durante todas las épocas, algo ya conocido en el siglo XVII y perfectamente documentado en el registro fósil. La verdadera duda planteada hoy es si *H.sapiens* tiene potencial para ser el autor de la “sexta gran extinción” (lo que supone que tendría que ser capaz de aniquilar más del 50% de las especies del planeta), como algunos afirman, y si lo tiene, si tendrá la cordura de impedirlo.

IV. LA CUESTIÓN ANTROPOLÓGICA

El hombre es un ser vivo diferente, único, libre, caracterizado por la presencia de una conciencia reflexiva que le hace conocer que conoce; no sólo saber sino saber que sabe; y percatarse de la propia existencia y de que no está solo en el Universo; y de su ineludible finitud. A diferencia de otros seres vivos, *Homo sapiens*, posee una componente espiritual que trasciende su animalidad y le convierte en un “yo”: Por eso sabe que fuera de él existe un mundo rico y variado, externo a su mismidad, con el que permanece en continuo diálogo, y otros “yo”. Desde el principio de su existencia vive una relación con el entorno que es algo más que mera subsistencia, independientemente de que su gran inteligencia y sus enormes capacidades mentales le permitan explorar nuevos nichos ecológicos más allá de sus potencialidades físicas. Para el hombre, el uso de recursos naturales es más que la satisfacción de las necesidades básicas, puede obedecer a otros fines premeditados y no necesariamente utilitaristas. Por ello, la naturaleza es, además, fuente de inspiración para el arte, objeto e incluso sujeto religioso, parte de la familia... y también fuente y objeto de poder, de placer, de riqueza y de extorsión de los semejantes. Una relación en la que lo humano y lo inhumano tiene cabida.

Cuando se observa el arbusto evolutivo de los homínidos, lo primero que salta a la vista es que la fabricación de herramientas líticas es tan antigua como el género *Homo*: con ellas se descarnaba la carroña de la que se alimentaban y excavaban en el suelo en busca de tubérculos o bulbos. Sin embargo nuestra especie, *H.sapiens*, va más allá: desarrolla no sólo herramientas líticas (muy mejoradas y complejas respecto a las de otros homínidos) sino elementos estéticos, como un collar o una escultura, y religiosos, testificados en los enterramientos

fúnebres y en el arte. La cuestión antropológica entra en escena por primera vez en el universo porque *H.sapiens* es más que una simple especie biológica. Sus atributos especiales, inteligencia reflexiva, libertad y voluntad, le permiten enseñorearse de la naturaleza y disfrutar de recursos naturales no materiales, como la belleza de una puesta de sol o el sosiego de una tarde primaveral; o dar sentido a la pura materialidad, lo que ningún animal hace (por ejemplo, al sol, a la lluvia, a la rosa, al águila), e incluso “dotarla” de espíritu hasta sacralizarla; o, en lo que podríamos llamar una antropomorfización positiva del mundo, a sentimientos como la compasión y la ternura hacia otros seres vivos. Sin embargo, obviando nuestra verdadera esencia, desde el ecologismo sólo se dice que con nuestra especie empiezan los problemas ambientales en la Tierra (parece que el *Holocausto del Oxígeno* bacteriano no lo fue), olvidando que, sobre todo, el hombre observa a la naturaleza como fuente de inspiración para desarrollar lo específicamente humano, algo común a todos los pueblos de todos los tiempos. Humanidad e inhumanidad van de la mano, y, afortunadamente, hay más de positivo a lo largo de la historia de la humanidad que de negativo, y por eso podemos hablar de civilización y de progreso; no podemos generalizar los puntos negros de nuestra historia, ni hacer creer a las generaciones actuales y futuras que “el hombre es un lobo para el hombre”, como defendía Hobbes, o “el parásito, un cáncer del planeta”, como se dice ahora, y que por ello “hay que controlarlo”.

En esta línea de culpabilizar al hombre, también se nos repite que estos problemas, desde el principio, tuvieron una componente puramente antropológica que propició la aparición de sociedades más vulnerables y pobres. Y que, curiosamente, éstos problemas sólo se detectan desde hace 10.000 años, desde el inicio del Holoceno, frente a los 150.000 años de existencia de nuestra especie, coincidiendo con lo se conoce como el inicio de “formas de vida neolíticas”. Sabemos que, como respuesta al cambio natural que supuso el Holoceno (el óptimo cálido en el que vivimos desde la desaparición del último periodo glacial), muchas poblaciones humanas emigraron por el desplazamiento de los cinturones vegetales, como hacen los animales detrás del alimento, y que otras comenzaron a practicar sistemáticamente la agricultura-ganadería imitando los ciclos naturales de la vida (actividades que ya se habían experimentado de forma rudimentaria con anterioridad según consta en el registro fósil). Verdaderamente, la revolución agrícola trajo nuevas pautas de conducta, que podemos resumir en un aumento de la sedentarización y en el nacimiento de las ciudades-estados. Y, posiblemente, como consecuencia, en la división del trabajo y la aparición de nuevos oficios, entre ellos el de soldado. Pero si nos remontamos tiempo atrás, a la vida humana durante el último periodo glacial, el reparto del trabajo en el grupo ya existía, y no sólo en términos sexistas: mujer recolectora-hombre

cazador. Sólo tenemos que observar lo que ocurre en los grupos de los diferentes animales para saber que las conductas debían ser extraordinariamente complejas y variadas en las primeras sociedades humanas, muy lejos de los clichés estereotipados que se nos venden hoy al asimilarlas a los mal llamados “pueblos primitivos”. Actividades como el arte y el comercio aparecieron aun antes, y muy desarrolladas y florecientes, consecuencia no sólo del dominio de la tecnología lítica sino del de otros materiales: cuero, lino, metales, etc. Y la guerra igualmente existía porque se han encontrado poblados totalmente masacrados, en un único asalto, desde hace más de 30.000 años. Es decir, lo mejor y lo peor del hombre hizo presencia desde el primer momento de la historia de la humanidad como demuestra el registro fósil.

¿Por qué, entonces, el empeño en idealizar a las sociedades primitivas, en la defensa de la naturaleza como una vuelta al pasado, al “paraíso terrenal” perdido...? ¿Por qué se insiste en que este “paraíso” desapareció con la revolución neolítica definitivamente, y en que ya había comenzado a sufrir con la aparición del hombre sobre la Tierra?, ¿Qué subyace en el fondo del eco-indigenismo? Ni el hombre ni ningún otro ser vivo obedecen a esa supuesta idealización de respeto cósmico. Cuando a los niños les enseñamos el funcionamiento de las cadenas tróficas, les decimos: el lobo se come a la oveja, la oveja se come a la hierba, la hierba se come el dióxido de carbono, el agua y la luz solar, y a todos se los comen los microbios; es decir, el niño saca la idea de que para sobrevivir hay que comerse algo, que todos los seres vivos lo hacen, que es la ley de la naturaleza. Si a ello añadimos que las bases del darwinismo biológico, elevadas a categoría de dogma, son la lucha por la existencia y la selección y supervivencia del más fuerte, la idea dista mucho de dicho “paraíso”, con hombre o sin él. Los documentales que pasan con tanta frecuencia en televisión, como forma de concienciarlos del maravilloso mundo que tenemos y de la maldad del hombre para con él, no hacen sino abundar en la misma idea: están plagados de escenas violentas entre animales, de sangre. Es decir, la conclusión que se saca es la contraria de la que se pretende. Y ya hemos visto que, aun de manera inconsciente, y como respuesta a instintos de supervivencia, toda forma de vida es capaz de alterar el ambiente original en el que apareció. El hombre no es una excepción en esto.

Sin embargo, las políticas ecologistas tratan de minimizar la acción de los animales y, a cambio, de denostar cualquier actividad humana que provoque variación en los ecosistemas, por pequeña que sea. Y se habla de la revolución agro-ganadera como de la causa que contribuyó a una mayor fragilidad del planeta en general, e incluso de las propias poblaciones humanas de la época (por alimentación monodieta). También se dice que se produjeron importantes cambios “planetarios” (no comprobados) a consecuencia del uso del fuego, de la caza indiscriminada, de la guerra, del desbroce de bosques y del sobrepastoreo.

Y que esta revolución neolítica rompe la relación de los pueblos primitivos con la naturaleza, de tipo etnocultural, como parte de sí mismos, de sus tradiciones, de sus antepasados, de sus cultos... Y por la misma razón, se acepta que en las áreas rurales poco desarrolladas, con agricultura tradicional, no hay conexión entre el hombre y la tierra, a la que se ve como un enemigo, sino continua confrontación. El culmen de la ruptura del binomio Hombre-naturaleza derivaría del exceso de tecnologización y de industrialismo alcanzado por la sociedad occidental, y sería la causa de la posible “crisis ambiental” actual. Así, la alternativa es la propuesta de frenar el desarrollo de los países con economías emergentes y potenciar para ellos una economía similar a las de las sociedades primitivas (es decir, la que tienen desde siempre), de menor impacto ambiental, más “ecológica”. Esto explica la enorme propaganda que se hace de ciertas tribus, en el sentido de que son los verdaderos “amigos de la tierra”, con el apoyo de los grupos ecologistas a nivel internacional. Si hacemos un repaso a las actuales ideologías “verdes”, veremos que muchas centran su crítica precisamente en el avance de la ciencia y de la tecnología.

En 1980, Isaac Asimov definía las amenazas de nuestro mundo en forma de catástrofes de diferente clase, correspondiendo las tres primeras clases a fenómenos naturales propios de la dinámica y evolución del Universo, de la galaxia, del sistema solar o de nuestro planeta. Entre las catástrofes de cuarta clase citaba la supervivencia de la biosfera, el conflicto originado por “la aparición de la inteligencia”, las nuevas enfermedades y la guerra; y entre las de quinta clase el agotamiento de recursos naturales, la superpoblación, la educación mal enfocada y los problemas derivados de la tecnociencia. En esta línea, la ONU recomienda frenar el desarrollo de los llamados países del tercer mundo para que el uso de nuevas tecnologías no agrave más la situación del planeta, reducir la población mundial drásticamente y controlar la educación (cfr. Conferencias de el Cairo 1994; Pekín, 1996; Johannesburgo, 2002; Nairobi, 2009; entre otras, y documentos emanados).

Conviene recordar que los efectos de nuestras propias acciones a veces son tan a la larga que, aun actuando con planteamientos ecologistas, podemos estar provocando efectos indeseables a corto o medio plazo. Así, las políticas de proteccionismo sobre determinadas especies van en detrimento, muchas veces, de otras; incluso el exotismo de algunas exige el no dejar desarrollarse de forma natural a ciertos ecosistemas o no ayudarles en su recuperación. El ejemplo más claro lo tenemos en algunas zonas de Extremadura, donde la política de intervención proteccionista sobre las avutardas impide el desarrollo y la recuperación del bosque autóctono (que suavizaría el clima y bloquearía la erosión y la pérdida de suelos). En el siglo XIX, Lucas Mallada, uno de nuestros más eminentes naturalistas, señaló que “en las comarcas escasas o privadas de arbolado,

las cualidades morales de sus pobladores son menos apreciables que las de otros cuya existencia corre venturosa entre una rica vegetación (...) dadles agua a todo trance, cambiad el aspecto de su país, y habréis hecho una conquista en nombre de la civilización”. Cambiemos el mundo y cambiará el hombre. El hombre influye en el medio, pero ya antes, ahora y siempre, el medio es el que verdaderamente influye en el hombre, y en el tipo de civilización y cultura que este desarrolla. El magnífico relato de J. Giono “*El hombre que plantaba árboles*”, es un claro ejemplo de cómo el medio influye en los habitantes de una comarca, en el sentido de Mallada y otros muchos. Porque, como dice Brawn (2003), “lo que nos interesa en la historia de este planeta somos nosotros mismos y nuestros descendientes, lo que nos concierne directa o indirectamente”.

V. LA ECOLOGÍA DEL MIEDO

Estamos viendo que, desde que se alertó sobre los problemas ambientales (a mediados del siglo XX), los diferentes colectivos implicados nos han vendido un planeta amenazado de muerte. Desde una probable guerra nuclear global a un seguro cambio climático debido a la industrialización. Incluso las diferencias norte-sur se explican a corto plazo como una especie de violenta “bomba de la miseria” de origen medio-ambiental, y hay quién apunta a algo similar por las diferencias culturales entre oriente y occidente, de las que mucho del terrorismo actual sería la primera manifestación. En esta línea apocalíptica, que podríamos llamar “el jinete de la muerte planetaria”, los problemas ambientales podrían causar también una muerte lenta y solapada, pero inexorable, que conduciría a la asfixia progresiva de la biosfera y a la degradación paulatina de la Tierra, por un “crecimiento ilimitado”, en “un mundo limitado”, de la población humana, por la explotación de recursos, etcétera. Es como si el sistema humano, actuante sobre el sistema físico de apoyo y sobre el sistema biótico, fuera una especie de “Rey Midas” que en vez de transformar en oro todo lo que toca lo transformare en destrucción: contaminación, enfermedades, deterioro del paisaje... resultando él mismo el máximo perjudicado como sistema receptor final. Y se nos apabulla con cifras absolutas y estancadas que producen vértigo: 1400 millones de personas (el 28% de la población mundial) carece de medidas sanitarias; 1200 millones (el 24%) carecen de agua potable limpia; 1000 millones (el 20%) padecen enfermedades diarreicas al año; 200 millones (el 4%) sufren esquistosomiasis cada año; cada 6 segundos un niño menor de cinco años muere de hambre en el mundo; 1250 millones (el 25% de la población mundial) están bajo el umbral de la pobreza y de cada 100 millones de personas que nacen, el 90% incrementarán las bolsas de miseria en el mundo en desarrollo. Aunque esta situación es muy triste, y real, no es frecuente, por el contrario, oír narrar lo bueno y lo positivo

de la humanidad desde la aparición del hombre, que lo hay, ¡y mucho!, y sobre la mejora de esta situación, porque hay mejora.

Desde la década de los 90 los problemas ambientales están muy controlados positivamente, y esas cifras se pueden aminorar. ¿Por qué no admitir que la situación está mejorando en vez de insistir con una apocalíptica crisis ambiental?, ¿a quién beneficia tener amedrentada a la población humana? Lomborg (2003) ha demostrado que la realidad es muy diferente a como nos la pintan, que el fin del mundo no está cerca, que en los últimos diez años ha mejorado la situación ambiental y que hay recursos y alimentos de sobra como para dar de comer a 3.000 millones de habitantes más de los que hoy hay en la Tierra. Igualmente, que ha mejorado la salud humana y que la expectativa de vida que tenemos en el mundo desarrollado era inimaginable en el siglo XIX. Que la calidad de vida también ha mejorado y que la pobreza mundial ha disminuido, aunque reconoce que todavía hay más de 1.200 millones de pobres en el planeta. Que la atmósfera del siglo XXI es más limpia que la del siglo XVI (sólo tenemos que reparar en el cielo de Londres). Y que, aunque desaparecen grandes porciones de bosques y selvas, la repoblación forestal es tan superior a la de otras épocas que no podemos hablar de deforestación. La situación mundial no es tan incierta y amenazante como se nos dice. Otra cosa es que los medios de comunicación social se encarguen de ser heraldos de malas noticias y de los accidentes ambientales, pero no de las buenas, no de los logros ni de los retos que se van alcanzando. Porque en realidad, por encima del cambio climático (contra el que el hombre nunca podrá hacer nada dado que desconocemos el funcionamiento del clima) lo más preocupante y crucial es conseguir que los países del Tercer Mundo alcancen el desarrollo necesario para acabar con la penuria y la hambruna de sus poblaciones, con su miseria endémica, que sus habitantes tengan derecho a la educación, a la sanidad, a la justicia, al trabajo... y sin embargo hay una conjura internacional solapada en contra de esto so bandera de “defender” al planeta. ¿Quién sabe de la terrible “guerra del coltan”¹

En la letanía de problemas ambientales da la sensación de que el hombre sobra en la Tierra, y de que eliminándolo o controlándolo conjuraremos el maleficio y el planeta “volverá a ser un paraíso”, que ¡cuantos menos seamos mejor! El paraíso que nunca ha sido porque siempre ha habido violencia, muchas veces a consecuencia de los dinamismos que mueven la vida para su perpetuación o de

1 La codicia por el coltan, mineral clave para la industria de última generación de tipo informático, de telecomunicaciones y bélico, ha desatado en la región oriental del Congo (Kivus) una desolación sangrienta sin precedentes ante la pasividad de las organizaciones internacionales y de la propia ONU. Luchas étnicas, milicias depravadas, fronteras inexistentes entre países limítrofes, falta de escrúpulos, violencia sexual a todos los niveles y edades, represalias brutales, desplazados en masa... una lista de horrores en la que cabe toda barbaridad imaginable y más.

los propios del Cosmos. Una violencia que se manifiesta, con frecuencia, como lucha encarnizada y a muerte entre ciertos animales, entre animales y vegetales, entre organismos pluricelulares y microbios, entre los propios microbios entre sí porque esto es la naturaleza: vectores de materia y energía interactuando en el espacio-tiempo conforme a las leyes del universo. Y llegamos a definir esta violencia, estas conductas naturales de algunos animales, a causa de nuestra capacidad de antropomorfización, de “casi humana” (¿o somos nosotros los que nos volvemos inhumanos al comportamos como mero animal?), como nos ha narrado J. Goodall (1994) en la “guerra de los cuatro años” entre chimpancés de Gombe (Tanzania), donde una horda no cejó hasta que hizo desaparecer completamente a la otra, sin que se respetaran hembras o crías, en la defensa de su territorio, ¡fuerte instinto el de territorialidad! La naturaleza es un sistema muy dinámico. Nuestra humanidad, nuestra capacidad de amar, nos permite superar estos dinamismos: somos seres libres y, aunque de verdad el territorio (el planeta) estuviere saturado de hombres, que no lo está, no hay nada que justifique la muerte de un ser humano, ni tampoco la ecología del miedo. Sólo un afán desmesurado de poder o de riquezas nos puede llevar a sacrificar a otros hombres para que nuestro disfrute egoísta sea mayor.

VI. ¿CRISIS PLANETARIA O CRISIS DEL HOMBRE? HABLEMOS DE ECOÉTICA

Ante la posible crisis planetaria (antrópica o no), la solución pasa siempre por el hombre. Porque desde que apareció *Homo sapiens* en el planeta ha habido múltiples crisis planetarias naturales, y, no sólo no han extinguido a nuestra especie sino que han sido un acicate para nuestro desarrollo cultural y tecnológico si las soluciones pasaban por un mayor desarrollo humano. Es conocido el cuento sobre aquel célebre científico que para entretener a su hijo, mientras él investigaba los problemas del mundo, le dio una hoja de periódico troceada, a modo de puzzle, que representaba un mapamundi que el niño desconocía por edad; y como el niño lo recompuso rápidamente, admirando al padre, al darse cuenta de que por la otra cara aparecía el rostro de un hombre, lo que le era harto familiar. Recomponer al hombre para recomponer al mundo es la moraleja del cuento. ¡Recomponer al hombre...! Y recomponer al hombre es dar una solución antropológica, pero ¿de qué tipo de antropología? Esta moraleja, bandera ecologista, lleva a introducir nuevas relaciones entre la economía, la política, la sociología, la educación y la ecología, pues todos los sectores y pueblos de la Tierra están implicados. Y, en este sentido, han surgido desde la ONU una serie

de documentos y propuestas que cubren estos fines: La *Carta de la Tierra*², el *Decenio para la implantación del Desarrollo Sostenible*³ o los *Objetivos del Milenio*⁴ son “herramientas” imprescindibles para la “reingeniería social” que conduce al “hombre nuevo”. No obstante cabe preguntarse: ¿y si la moraleja del cuento citado más arriba es que, para acabar con el hombre roto, lo que debemos arreglar primero es el mundo?: El padre del cuento citado más arriba, rompe el mundo con el objeto de entretener al niño reconstruyéndolo mientras el trabajaba en “cosas serias”, pero al mismo tiempo estaba rompiendo al hombre. Recordemos las palabras de Mallada (1890) o el relato de Giono (2000) del apartado anterior, que si cambiamos el mundo cambiaremos al hombre, que si mejoramos el mundo mejoraremos al hombre. Me pregunto: ¿hay voluntad real, por quienes tienen las competencias, de arreglar el mundo? Hoy, como siempre, hay muchos hombres rotos por la enfermedad, la miseria, el abandono, la soledad, la inmigración, las modernas esclavitudes, la explotación infantil en diversos ámbitos, las guerras, el terrorismo, las rupturas familiares, el aborto, las esterilizaciones forzosas y masivas... y tantos y tantos derechos del hombre alienados y pisoteados. Y da la sensación de que nada de esto nos importa o nos afecta, ¡ni siquiera son noticia! Pero volviendo a nuestras reflexiones: ¿entonces, cambiando al hombre cambiaremos el mundo?, y ¿en que sentido ha de ser ese cambio, esa “reconstrucción”?, ¿cómo?, ¿por quiénes? De hecho, al hombre se le ha estado cambiando (deconstruyendo) a lo largo del último siglo, especialmente en el último decenio (sobre todo a través de la aplicación de la *ideología de género*), y la situación mundial ni ha mejorado ni tiene visos de mejorar, y la muerte (en sentido amplio) acecha a muchas personas y pueblos. No, por el contrario, no sólo mantenemos las lacras del pasado sino que han aparecido nuevas formas de violencia y de miseria, especialmente entre el sector juvenil

2 Definida por sus autores como una herramienta educativa para una nueva ética global, propone una nueva espiritualidad que sacralice la naturaleza, y una antropología autónoma e igualitarista (el hombre en igualdad con todos los seres del universo) basada en la perspectiva de género (el hombre se construye a sí mismo independientemente de los dictados de la naturaleza). La idea de que sea la nueva religión única de la “tolerancia, del igualitarismo y de la “paz” subyace en todo el documento, y se avala con el hecho de que, escrita en papiros, haya sido depositada en el *Arca de la Esperanza* (rememoración de la que le mandó Dios construir a Moisés), fabricada al efecto con maderas nobles pintadas con símbolos de todas las culturas del mundo, y procesionada y reverenciada en diferentes partes del planeta.

3 Auspiciada por la UNESCO para la década 2005-15 con el fin de implantar la *Carta de la Tierra* y alcanzar una nueva ética mundial que conduzca al progreso holista e integrado (con una alta calidad de vida), lo que implica alcanzar un nivel de vida sostenible y transformar el mundo modificando valores e ideas personales.

4 Aprobados por la Asamblea General de la ONU en 2005, pretenden, entre sus objetivos, instaurar una nueva religión global única mediante la *Carta de la Tierra* (P.144), imponer la perspectiva o ideología de género (P.116), y alcanzar la primacía y tutela del Estado sobre las convicciones paternas (P.131 y P.142).

del primer mundo y hacia los más desfavorecidos. Y es que el cambio que se ha propuesto, y que se está realizando a través de los medios de comunicación y del sistema educativo, incide tanto en reducir al hombre a su animalidad que ya hemos empezado a cosechar comportamientos animales, es más: reptilianos⁵, como la falta de respeto a la vida humana y a la familia en todos los ámbitos y el aumento de genocidios. La antropología propuesta, reductiva y antinatural, no sólo no ha acabado con los problemas ambientales sino que incluso los ha agravado⁶. Hace ya veinte años, el Papa Juan Pablo II, con visión profética, en su mensaje con motivo de la *Jornada de la Paz* del 1 de enero de 1990 (“*Paz con Dios, paz con toda la creación*”), dijo: “La gravedad de la situación ecológica demuestra cuan profunda es la crisis moral del hombre”. Un estilo de vida y una crisis moral que es potenciada por los mismos que piden respeto para la Tierra porque, dicen, que el planeta está antes que el hombre.

La naturaleza estropeada, contaminada, enferma a quienes la habitan. Hoy, cuando los problemas ambientales se van resolviendo poco a poco, las situaciones más trágicas, en sentido global, se dan en las innumerables vidas humanas que no se llegan a desarrollar, y éste es el verdadero problema, y tragedia, ambiental: ¿Qué sentido tendría un universo sin hombres cuando, conforme al principio antrópico, parece que no ha hecho otra cosa que evolucionar en el sentido que permitía la existencia del ser humano...? Un universo sano es el lugar de vida indispensable para el desarrollo y la supervivencia de los hombres (de hecho el hombre no apareció en cualquier momento en el cosmos sino al cabo de 13.800 millones de años desde su formación, cuando alcanzó su plenitud, pues sabemos que está en su momento medio de evolución y a partir de ahora se iniciará la decrepitud a que aboca la entropía). Un mundo desequilibrado corre el peligro de engendrar una humanidad también desequilibrada que poco a poco se deshumaniza, como hemos apuntado en la segunda y principal moraleja del cuento del niño y la hoja de periódico convertida en puzzle. Y la resolución de

5 Las investigaciones etológicas (la etología es la ciencia de la conducta de los animales) han puesto de manifiesto que el altruismo es algo reciente en la naturaleza, no tiene más de 150 millones de años, y ha aparecido sólo en ciertos mamíferos, aves y peces óseos. Es un instinto menor, en el sentido de que está supeditado al de conservación, y se manifiesta, sobre todo, en los cuidados de la prole y en el nacimiento de la afectividad familiar. La agresividad, por el contrario, es muy antigua y propia de todos los animales, por eso se habla de conducta reptiliana, en el sentido de que los reptiles se caracterizan por la ausencia de altruismo y de afectividad instintivos.

6 En 2007, en Panamá, se presentó y estudió en el Senado un proyecto de ley sobre salud sexual y reproductiva y equidad de género que promovía el bestialismo o zoosexualismo. Se considera un derecho de los niños, desde su más tierna infancia, el tener relaciones sexuales con animales a falta de pareja humana a fin de alcanzar su placer sexual en un momento determinado. Según esta ley, la relación entre un humano y un animal puede ir más allá del mero acto sexual pues los animales son capaces de formar una relación amorosa estable con otro animal o con un ser humano, y tal relación no tiene por qué ser diferente a otros tipos de relación afectivo-sexual.

los problemas ambientales, en cuanto resolución de problemas humanos, ha de pasar por tener en cuenta la realidad del hombre (unidad-totalidad relacional de cuerpo-mente-espíritu) sin distinciones de raza, sexo, edad o estado de salud, porque todos los hombres somos esencialmente iguales: seres de la especie *Homo sapiens* desde la etapa unicelular hasta la muerte natural (como demuestran los últimos descubrimientos científicos). En un mundo alterado, muchas veces intencionadamente contra el hombre, el verdadero problema ambiental es la consecuente crisis del propio hombre, la pérdida de su dignidad e identidad y del sentido de la vida, el vacío existencial; una crisis que se agrava más y más desde que hemos aceptado que *Homo sapiens* es una construcción social y que puede modificarse incluso contra natura y que, ónticamente, no es más que una cucaracha (exactamente esta comparación con dicho animal la hizo una alumna, a principio de curso, en una de mis clases). Paradójicamente, si buscamos así la posibilidad de reconstruir o deconstruir al hombre, de manipularlo a antojo, ¿por qué los demás animales no son también considerados “construcciones sociales”, por qué ni siquiera los insectos sociales?, ¿por qué insistimos tanto en políticas de conservación animal? Porque, incluso aceptando, ¡qué es mucho aceptar!, que hay evolución cultural, ésta no se impone sobre la evolución biológica: seguimos siendo tan hombres como el primer *Homo sapiens*. No es la llamada evolución cultural lo que hace al hombre “hombre”, es su propia realidad esencial, diferente a la de los demás seres vivos, lo que le permite actuar sobre su propia biología superándola (Stein, 2003).

En 1987 surgió el concepto de “desarrollo sostenible”, emanado del *Informe Brundtland*⁷, como “el desarrollo que satisface las necesidades de la generación presente sin comprometer la capacidad de las generaciones futuras para satisfacer sus necesidades”, un concepto de desarrollo que propone un nuevo modelo de economía, alternativo al modelo económico occidental, capaz de hacer frente a los problemas ambientales erradicando la pobreza de la población para evitar el colapso ecológico y la muerte de los sectores más débiles de la humanidad, promoviendo la solidaridad internacional e intergeneracional. El informe exhorta a los Gobiernos a asegurar el control ambiental y realiza una llamada a la acción global pues ha llegado el momento de romper los patrones del pasado. La estabilidad social y ecológica a través de esquemas anticuados de desarrollo y protección ambiental aumentarán la inestabilidad y la seguridad debe buscarse a través del “cambio”, de cambios en las actitudes humanas,

7 El documento “*Nuestro Futuro Común*” (nombre original del *Informe Brundtland*), presentado en 1987 por la *Comisión Mundial Para el Medio Ambiente y el Desarrollo* de la ONU, encabezada por la doctora noruega Gro Harlem Brundtland, se ha convertido en referencia mundial para la elaboración de estrategias y políticas de desarrollo ecocompatibles. Dio pie a la *Cumbre de la Tierra* de Río de Janeiro de 1992.

lo que implica vastas campañas de educación, debate, y participación pública. Pero en estas declaraciones no podemos olvidar que en el mundo de hoy las palabras no dicen, muchas veces, lo que parecen decir, que el lenguaje ha sido deconstruido también y que hay un nuevo significado de cada término y de cada concepto que permiten el engaño y la confusión. En este documento de la ONU, el *Informe Bruntland*, tras estas palabras bonitas, se esconden intenciones ocultas que no favorecen, realmente, el completo desarrollo de la humanidad sino sólo el de determinados sectores puesto que está supeditado a evitar el “colapso ecológico” (¿económico?). De ahí que insista, como uno de los principales objetivos, en el “derecho a la salud sexual y reproductiva”, o en román paladino: anticoncepción, aborto y esterilización. En el término “intergeneracional” no está comprometida la defensa de la vida humana sino la seguridad de los recursos naturales para un futuro (para el disfrute de ciertas élites). Asume, pues, que parte de la humanidad sobra, y que si se elimina esa “parte sobrante” se reducirán los problemas ambientales. En castizo: “muerto el perro se acabó la rabia”. Pero, ¿quiénes sobramos?, ¿quién tiene que desaparecer?, ¿de qué manera? ¿Por qué se nos insiste en que la población mundial ideal debe ser en torno a los 1000-2000 millones de habitantes para que el desarrollo sea sostenible cuando hay recursos para todos, cuando sólo hemos empezado a arañar la Tierra? No extraña, entonces, que cuando se presentan ciertos documentos en diferentes reuniones de la ONU, con sus lenguajes ambivalentes, no sean votados por la mayoría de los países miembros (especialmente por los del tercer mundo, mundo árabe y cristianismo, que serían los primeros “sufridores” de esas políticas inhumanas de corte ecologista). De hecho, la *Carta de la Tierra* todavía no ha sido aceptada por ninguna asamblea general de la ONU a pesar de que se comenzó a proponer en 1992, en la Cumbre de la Tierra de Río de Janeiro⁸; sin embargo se va implantando subrepticamente a base de aceptaciones parciales en pequeños ámbitos (colegios, ayuntamientos, departamentos universitarios...), ya que en el propio documento se propone como estrategia el presentarla, a través de los “Programas Acción”, a cada sector social de forma diferente, según sus peculiaridades, y alcanzar así su aval. Pero no son estos los documentos que necesitamos. Como ya vio lúcidamente Gandhi, el problema no es de cantidad de recursos sino de gestión, de solidaridad y de reparto: ¿por qué el 20% de la humanidad vive disfrutando del 85% de sus riquezas mientras el restante 80% se encuentra en la miseria? Son significativas las palabras de Ian Burton (1989)⁹: “La capacidad

8 En junio de 1992 tuvo lugar en Río de Janeiro la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente y el Desarrollo (CNUMAD), veinte años después de la Conferencia de Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente Humano (Estocolmo, 1972), que en cierto modo dio el pistoletazo de salida en estos temas.

9 Aparecido en la *Revista Internacional de Ciencias Sociales* (RICS) n° 121: «Reconciliar la biosfera y la sociedad», que describe el ambicioso programa internacional de investigación sobre

de asumir y ejercer la responsabilidad depende tanto de los recursos morales como de los físicos. En la actualidad, éstos están poniendo en peligro aquellos. Existe desde luego una amenaza para el medio-ambiente pero sobre todo para la seguridad internacional. Ya no es posible únicamente limitar en exclusiva estas cuestiones ambientales a los ministros de medio-ambiente. Su importancia ha de ir en aumento también en los ministerios de hacienda, desarrollo económico y comercio, e incluso en las negociaciones acerca del desarme, la paz y la seguridad internacional. [...] La comprensión del cambio mundial comienza por las innumerables decisiones locales o en pequeña escala que adopten los habitantes del planeta. La decisión de cortar un árbol, de aumentar el tamaño de un rebaño, de utilizar petróleo en lugar de gas natural o de comprar un automóvil grande o pequeño, son actos que, considerados acumulativamente, explican la necesidad del cambio mundial”. ¿En qué consiste, pues, verdaderamente este cambio?, ¿qué implica?, ¿a quién afecta?, ¿no deja entrever la necesidad de limitar la libertad humana en aras de la seguridad, de un supuesto bien común o de una supuesta amenaza planetaria?

De esta manera, se nos repite, el ideal de desarrollo sostenible debe abarcar todos los ámbitos que son característicos de la humanidad, incluyendo el psíquico y el moral, cubriendo esencialmente las necesidades de los más débiles (impidiendo que se reproduzcan, etc.) con prioridad preponderante, y con las “limitaciones propias de las impuestas por los propios recursos naturales, la tecnología, la organización social y la capacidad de respuesta de la biosfera”. Un desarrollo sostenible que implica “acelerar la mejora de la calidad de la vida humana” sobre el llamado nivel de vida; a dar preponderancia al “más ser” sobre el “más tener; a mejorar los instrumentos del análisis económico mediante una fina reorientación de los indicadores de la “economía de la naturaleza”; a integrar en los cálculos económicos y de mercado los valores biológicos, científicos y estéticos de la naturaleza, valores actualmente sin título de propiedad, sin precio concreto y por tanto no apreciables. Pero cabe preguntarse: ¿qué poder humano está capacitado para arbitrar sobre la psiquis o la moral humana, sobre todos los ámbitos que son característicos de la humanidad, so sospecha de totalitarismo? Releamos de nuevo todo este párrafo y nos daremos cuenta de que ¡Estamos hablando de “valores” en términos de mercado, de poner precio a lo humano! Bajo supuestos ideales “no clasistas” se introducen parámetros claramente materialistas que hacen referencia a un hombre reducido a pura animalidad y, por tanto, despojado de su dignidad. La “calidad de vida” y el “más ser” se imponen a la propia vida. ¿Y quién determina lo que es “más calidad de vida humana”

«Las dimensiones sociales de los cambios en el medio ambiente planetario» (*The Human Dimensions of Global Change*), coordinado por el Consejo Internacional de Ciencias Sociales (CICS), con la participación de la U N E S C O y la Universidad de las Naciones Unidas (UNU).

o “más ser hombre” en un mundo relativista en el que el adverbio de cantidad “más” indica la existencia de grados?, ¿qué se entiende por “prioridades de los más débiles” si están condenados a desaparecer o, en el fondo, tal prioridad implica precisamente eso: el “derecho” a que ellos mismos se eliminen mediante un férreo control de la natalidad? Y ¿todo supeditado a las “limitaciones propias de las impuestas por los propios recursos naturales, la tecnología, la organización social y la capacidad de respuesta de la biosfera”? La crisis del hombre se pone de manifiesto una vez más.

Desde la aparición de *Homo sapiens*, el nivel de desarrollo y civilización alcanzado ha mejorado el nivel de vida de sus poblaciones, sobre todo en el llamado mundo occidental, al garantizar el acceso a la sanidad y a la educación de sus habitantes. Sin embargo, muchos pueblos primitivos, en la búsqueda de este nivel de vida, adoptan costumbres occidentales que les desarraigan de sus tradiciones milenarias y les sume en la pobreza personal, social y ambiental. Y se prefiere mantenerlos en el atraso para evitarlo: “el desarrollo es un mal”, sin estudiar que una incorporación cultural de la noche a la mañana es imposible, que debe haber una transición, que se alcanzará al cabo de varias generaciones si va acompañada de la necesaria justicia social que facilite tan magno salto. Y esto no interesa en un mundo regido por una economía asfixiante. Es más fácil, y más “seguro”, predicar que el “crecimiento ilimitado” plantea problemas que pueden abocar en una crisis planetaria de “efectos desconocidos” que pudiere acabar con ese tipo de civilización, con ciertos recursos naturales y con una biosfera rica y variada al volverse el planeta inhóspito. Surgen nuevas ideas-fuerza: la sostenibilidad, la seguridad y la globalidad en aras de un Nuevo Orden Económico-Ecológico Mundial (Cumbre de la Tierra, Río de Janeiro, 1992). Pero nos estamos equivocando: La utopía de un planeta armónico y seguro no será alcanzada sin las suficientes dosis de verdadera humanidad, sin una visión antropológica que defienda al hombre como ser físico-psíquico-espiritual hecho a imagen y semejanza de Dios. El hombre con sus propias fuerzas nunca ha llegado a puerto feliz, pero si hay intereses bastardos de fondo la muerte y la desolación aparecerán (ya están, aunque solapadamente, en escena). “El futuro es incierto, pero esta incertidumbre se puede resolver a través de la creatividad humana”, comentó en cierta entrevista el nóbel Ilya Prigogine en el año 1993, “la invención del futuro es la invención más importante y difícil”. ¿Estamos inventando un futuro que armoniza el desarrollo de la humanidad con la naturaleza de forma solidaria entre todos los pueblos y culturas, sin hipotecar a las generaciones futuras y resolviendo los problemas ambientales sin provocar genocidios? ¿Es todo cuestión de creatividad humana?

VII. HACIA UN NUEVO PARADIGMA ECOLÓGICO DE CORTE VERDADERAMENTE HUMANO

Ya Pitágoras, en el siglo VI a.C. sentenciaba que quien siembra las semillas del asesinato y del dolor no puede cosechar gozo y amor. Desde antiguo sabemos que el verdadero problema ambiental es una crisis de humanidad. Una población saciada, como la del primer mundo, se puede dedicar a combatir la contaminación o las pérdidas de biodiversidad. Una población hambrienta o enferma sólo puede dedicarse a sobrevivir, ¿cómo pretendemos involucrarla en las políticas ambientalistas que pregona la ONU a través de sus múltiples reuniones y conferencias internacionales que, además, exigen el sacrificio de estos pobres pueblos?, ¿por qué no les ayudamos de verdad? Tratamos de cambiar conciencias y actitudes, anular tradiciones, pero seguimos sin reconocer que la “igualdad” que solicitamos para los avestruces o los ríos no la pedimos para nuestros verdaderos semejantes. Y nos sorprendemos de que los programas de educación ambiental y similares no dan el resultado apetecible: Un pueblo que vive en la miseria nunca entenderá que no debe practicar la agricultura itinerante, con las consecuentes pérdidas de superficie boscosa, o que no debe cazar tal o cual especie porque está en vías de extinción; nunca entenderá que se declaren sus riquísimas tierras “zonas reservadas como patrimonio natural de la humanidad” y que no puede explotarlas cuando a él se le está negando el derecho a formar parte de esa humanidad, el derecho a desarrollarse y el derecho a la vida. Sí, el principal problema es de carácter antropológico

Hoy día se habla mucho de promover una “conciencia planetaria” (*Carta de la Tierra*), e incluso de “derechos planetarios”, en homologación con la Declaración de los Derechos Humanos. Por ello, asistimos a la reestructuración de los diferentes campos del saber a fin de que pensemos globalmente, e incluso de forma panteísta, con la Tierra y con el Cosmos supeditando el hombre a la naturaleza, lo que traerá más dolor. Hablar de “conciencia planetaria” sólo tiene sentido si significa el despertar del hombre para la defensa de todo hombre sin discriminación de ningún tipo. Se trataría, entonces, en contra de lo que se está proponiendo, de implantar un nuevo paradigma ecológico más allá del concepto de desarrollo sostenible y con clara vocación antropológica, de defensa del hombre y de verdadero desarrollo humano. Hace falta que cada uno de nosotros nos preguntemos, en vez de ser espectadores pasivos de este drama: ¿qué imagen del mundo y de su futuro se está configurando?, ¿qué moral colectiva se está gestando?, y ¿cuál es la naturaleza de esta conciencia planetaria, de la que cada vez se habla más y cuya llegada se considera urgente? No podemos olvidar que de lo que respondamos depende la supervivencia del verdadero hombre. ¿Tiene

sentido el universo sin el hombre?, ¿de qué sirve la belleza si no hay quien la aprecie? ¿Tiene sentido un hombre que no es hombre?

Tenemos la responsabilidad de acercar el mundo en desarrollo y por desarrollar al mundo civilizado, no les podemos dejar en su burbuja temporal y negarles el derecho a la educación y a la salud creando reservas humanas como si nuestros semejantes, por su condición “exótica”, fuesen ejemplares de zoológico. No podemos controlar su fertilidad, como si fueran animales de granja, para evitar que crezcan y utilicen los riquísimos recursos naturales que hay en las regiones en las que viven desde la más remota antigüedad. No podemos arrebatarles sus tierras aprovechándonos de su analfabetismo y de la ausencia de unos papeles de propiedad debidamente registrados. Si la “nueva moral planetaria”, de la que tanto se habla, exige abandonar comportamientos “neolíticos” con toda su carga de agresividad y dominio, debe exigir abandonar, aún antes, los comportamientos “paleolíticos” que mantienen a ciertas tribus en el abandono y en la miseria más absoluta, por muy en “equilibrio” que vivan con su ambiente. Debemos exigir el respeto a todos los pueblos y a todas las culturas primando el desarrollo de todos sin distinciones, procurando erradicar la pobreza y la enfermedad que hoy asola a muchos de ellos, y el analfabetismo. Y esto significa desterrar para siempre las políticas de diezmación a las que se les somete: bien camufladas mediante la llamada “salud sexual y reproductiva” o los “derechos de las mujeres”, bien mediante el chantaje (aborto por alimentos), o bien mediante la esterilización directa y forzosa. Es difícil entender cómo se puede solidarizar el hombre de hoy con las generaciones futuras (conforme a la definición de “desarrollo sostenible”) si es incapaz de solidarizarse con la generación actual: Es lo que vemos en África, que se desangra en hambrunas, enfermedades y guerras sin que haya voluntad de paliar esta situación. O en América, donde determinados pueblos están siendo esterilizados de forma masiva sin su conocimiento ni consentimiento. Desgraciadamente, todo esto, que parece una terrible pesadilla, es muy real, fue propuesto como estrategia de actuación por H. Kissinger (premio nóbel de la paz) en 1974, cuando entregó al presidente Nixon el *National Security Study Memo 200* (NSSM 200), un extenso análisis de la situación demográfica mundial y de las soluciones para la estabilidad de los intereses de Estados Unidos en materia de recursos naturales, y como asunto prioritario para la seguridad nacional; El “Informe Kissinger”, como se llama a este documento, que ha permanecido como documento clasificado hasta 1989 y todavía es poco conocido, fue puesto en práctica inmediatamente, y asumido, a través de la ONU y sus agencias internacionales, por múltiples países y ONGs; establece como objetivo político de los Estados Unidos el cambiar los preceptos religiosos y culturales de los pueblos, y sobre todo erradicar la visión trascendente del hombre, por lo que podemos decir que no sólo está en plena vigencia

sino que en parte ha sido recogido en otros documentos globales, como la *Carta de la Tierra*, aunque camuflando soberbiamente sus intenciones e intereses por otros más altruistas como la “cuestión ecológica” y mediante la deconstrucción a que está sometido el lenguaje; de hecho las grandes conferencias internacionales de carácter planetario para la “reingeniería social” (como ellas mismas reconocen) son su consecuencia inmediata. Por otro lado, pero con la misma intención, se toleran al mismo tiempo inhumanas prácticas de culturas primitivas para preservar su idiosincrasia: castrar a niños para elaborar pócimas con sus penes en la creencia de que así se curará el SIDA; o casar niñas pequeñas con perros para alejar malos espíritus.

De acuerdo, hay que asumir la fragilidad del mundo para salvaguardarlo, pero sobre todo hay que dar nacimiento a una sociedad globalmente más humana y más plena que de verdad se identifique con la protección a los más débiles y con el respeto incondicional a toda persona humana (indistintamente de sus condiciones externas o internas), y, así, el respeto a toda la naturaleza caerá como fruta madura. Esto exige acabar con todo egoísmo social, individual y colectivo, y reconocer la dignidad de todo hombre, no sólo como ser de la especie *Homo sapiens*, una especie singular y única, sino como hijos de Dios hechos por Él a Su Imagen y Semejanza. Ya Darwin (1871) lo destacó en su obra *El origen del hombre*: “No puede abrigarse la menor duda acerca de la inmensidad que separa el espíritu del hombre más bajo del animal más elevado [...] con una inteligencia semejante a la de Dios”. La verdad del hombre es la pieza clave de los problemas ambientales, la del único ser dotado de entendimiento y voluntad, libre, realidad bio-psico-espiritual trascendente en busca de sentido, de un Absoluto, capaz de amar. La defensa de la naturaleza comienza por la defensa del hombre, de su realidad. Y en esa realidad han de respetarse escrupulosamente lo que el Papa Benedicto XVI ha llamado los “principios innegociables”: 1) el derecho a la vida de todo hombre desde su concepción a la muerte natural; 2) el derecho a nacer en una familia fruto del matrimonio hombre-mujer; y 3) el derecho de los padres a educar a sus hijos sin interferencias de ningún tipo, no por capricho sino porque forman parte de la propia esencia humana, y ningún poder terrestre puede subvertirlos porque están escritos en las propias leyes naturales desde el principio del universo (Encinas, 2007a). Sólo un planteamiento antropológico basado en la verdad del hombre puede ayudar a conseguir un nuevo comportamiento humano en el sentido de respeto, cuidado y cultivo frente a la explotación que sufre la Tierra, la vida y el propio hombre. Es el único “nuevo” paradigma ecológico, con él alcanzaríamos la verdadera humanización y se acabarían los problemas ambientales sin necesidad de legislar nada. Un planteamiento antropológico tan antiguo que se pierde en la “noche de los tiempos”, tan viejo como el hombre.

BIBLIOGRAFÍA

- BRAWN, L.R. (2003). *Plan B: Rescuing a Planet Under Stress and a Civilization in Trouble*, Norton, New York.
- CHESTERTON, G.K. (2007). *El hombre eterno*, Ediciones Cristiandad, Madrid.
- DARWIN, Ch. (1871). *The Descent of Man and Selection, in Relation to Sex*, John Murray, London.
- ENCINAS GUZMÁN, M. R. (2007a). “Hombre, familia y amor: una visión evolucionista”, *Cauriensia*, vol. 2, pp. 389-415, Universidad de Extremadura.
- (2007b). “Evolución humana, educación y familia”, *Carthaginensia*, 44, 331-358.
- FRANKL, V. (1999). *El hombre en busca del sentido último. El análisis existencial y la conciencia espiritual del ser humano*. Paidós, Barcelona.
- GIONO, J. (2000). *El hombre que plantaba árboles*. Ed. José J. de Olañeta, Mallorca.
- GOODALL, J., (1994). *A través de la ventana*. Salvat, Barcelona.
- GORE, A. (1992). *Earth on the Balance: Ecology and the Human Spirit*, Houghton Mifflin, Boston.
- LE PICHON (2000). *Las raíces del hombre. De la muerte al amor*, Sal Terrae, Santander.
- LERCH, P. (1966). *Estructura de la personalidad*, Scientia, Barcelona.
- LEY ÓRGANICA 2/2006 de 3 de mayo DE EDUCACIÓN. *Boletín Oficial de Estado (BOE) n° 106 de 4 de mayo de 2006*.
- LOMBORG, B. (2003). *El Ecologista Escéptico*, Espasa Calpe, Pozuelo de Alarcón, Madrid.
- LOVELOCK, J. (1993). *Las edades de Gaia*, Tusquets, Barcelona.
- MALLADA, L. (1890). *Los Males de la Patria y la futura revolución española. Consideraciones generales acerca de sus causas y efectos*. Tipografía de Manuel Ginés Hernández, Madrid.
- MALTHUS, T. R. (1798) *An Essay on the Principle of Population*. Ensayo sobre el principio de la población. Editorial Claridad. 1997
- MUNFORD, S.D.. *The Live and Death of NSSM 200: How the Destruction of Political Will Doomed a U.S. Population Policy*, <http://www.population-security.org/11CH3.html>
- REEVES, H. (1999). *Aves, maravillosas aves*. Península, Barcelona.
- RIDLEY, M. (2004). *Qué nos hace humanos*, Taurus (pensamiento), Madrid.